

SOCIOLOGIA DE "FACUNDO"

por HECTOR P. AGOSTI

Sólo una vez, en la heráldica inicial de sus *Recuerdos de provincia*, sintió Sarmiento la nostalgia de los blasones. Por haber confundido con el pueblo su obstinada tenacidad, presumióse más tarde un *desertor* de sus filas familiares. ¿Desertor? El examen de sus ideas sociológicas nos demuestra, por el contrario, que fue su propia clase social la que terminó por abandonarlo en medio de la contienda. "Constructor de la nueva Argentina", según la exacta e inalterable sentencia de Aníbal Ponce, Sarmiento es el precursor genial que no encuentra para sus sueños el sustento de una clase social en qué apoyarse. Expresión la más eminente de la burguesía liberal progresista y revolucionaria, Sarmiento tropieza con la ineptitud de nuestra incipiente burguesía, o con la dilapidación de su destino histórico por esa misma burguesía.

Es el drama de nuestra historia, que Sarmiento refleja con claridad nunca vista. Nuestra revolución es, en efecto, en su síntesis más apretada, la conjunción de tres motivos principales: libre cambio, libertad de conciencia, división de la tierra. Moreno entrevió los dos primeros; Rivadavia el último. Esa es, en resumen, la revolución de mayo. Ese es, en resumen, el pensamiento político y económico de nuestra revolución, aniquilado en la larga noche rosista, donde vuelven a triunfar las vacas que "dirigen la política argentina" (1). Son los "apacentadores de vacas"—el latifundio de corte feudal—vengándose de las pretensiones redentoras de criollos ensoberbecidos y masones como Rivadavia.

Con lúcida penetración habrá de decirnos Sarmiento que Rosas y todos los caudillos "son el resultado de la falta de leyes justas sobre la distribución de la tierra" (2). Esta afirmación

(1) Sarmiento: *Obras*, t. XIV, pág. 281 (1852).

(2) Citado por Palcos: *Sarmiento*, pág. 107. Ed. de 1929.

es de 1857, pero proviene de un pensamiento que el *Facundo* adelanta en 1845, y que el *Conflictos y armonía* habrá de rematar con coherencia sistemática al borde de la tumba.

* * *

Cuando Sarmiento desnuda en el *Facundo* la bipolaridad del proceso social argentino en la antinomia *civilización y barbarie* no está ejecutando tan sólo los gestos desmandados de un recurso polémico.

La suya es una *manera* sociológica que afirma la coexistencia de dos mundos separados: el mundo de las ciudades, plantado en el siglo XIX, centro de europeísmo y por lo tanto factor de progreso revolucionario, y el mundo de las campañas, inmerso en el siglo XII, bañado en el feudalismo hispánico, núcleo de incubación de todo despropósito reaccionario. Ambos mundos están vinculados por deleznable vasos comunicantes: se rechazan; o más bien, se repelen. Por eso es doble el proceso histórico, y hasta en ciertos aspectos, como el de la independencia, contradictorio. No hay una simple guerra exterior de la independencia, sino dos guerras simultáneas, y en cierto modo antagónicas: la guerra de las ciudades contra los dominadores españoles por un lado, la guerra de las campañas contra las ciudades revolucionarias por el otro. Ese es, en el *Facundo*, el trasfondo de nuestra peripecia histórica.

Sarmiento está atado por entonces, más intuitiva que razonadamente, a una concepción que luégo habrá de tener ancha resonancia en la moderna ciencia sociológica. La clase de *Facundo* es la teoría del *medio geográfico* como determinativo de la condición política, y subsidiariamente la teoría adventicia de las poblaciones blancas como fermento de mejoría racial. Y allí anda, presidiéndolo todo, esa sumisión de nuestro destino que “es nivelarnos con Europa”, según ha de repetirlo constantemente el sanjuanino infatigable. El *Facundo* queda envuelto también en los retumbos románticos del sansimonismo profesado por todos los proscritos: allí no falta ni la mención a “las semillas de igualdad de clases, prometida por la revolución”, ni está ausente tampoco la cita fatigosa de la *Encyclopedie Nouvelle*. Pero aquella doctrina profundamente determinista y necesariamente antirromántica del *medio*, constituye por sí misma una primera intención de considerar *científicamente* el decurso histórico, des-

carnándolo de todo desvalimiento subjetivo, y allí radica su posterioridad sociológica.

El *medio*, entonces, es una clave histórica, y la presencia de dicha clave permite advertir que en la antinomia *civilización y barbarie*, más que un recurso polémico yacía una realidad dolorosa del país en formación. ¿Qué comprueba el *Facundo* sino ese “cretinismo de la vida rural” que tres años después habrán de proclamar los autores del *Manifiesto comunista*? Si el campo, colocado a trasmano de los centros de cultura, sigue desplegando una existencia estúpida, ¿qué decir de las campañas argentinas de hace cien años, en las que el pastoreo es apenas una forma natural de aprovechar la riqueza de los pastos que nadie siembra? “La cría de ganado no es la ocupación de los habitantes, sino su medio de subsistencia”, escribe Sarmiento en el *Facundo*. Y esa desocupación del gaucho, ahito de horas muertas sobre la pampa ilimitada, es la que a su juicio lo torna apto para la montonera, en la que vuelve a encontrar un motivo renovado de aventura y también de subsistencia. Por eso piensa Sarmiento que la barbarie —la anti-Europa— se asienta en las campañas. Por eso piensa que para las campañas la nivelación con Europa tiene un nombre concreto: agricultura. Mientras ello no ocurra, la llanura inhabitada seguirá siendo el crisol de los señores feudales, atrincherados como el gaucho de Los Cerrillos en sus estancias infinitas...

Acaso sea excesivo el desahucio total de los caudillos por Sarmiento. Hernández —el Hernández inmenso del poema inmortal— proclama que “los caudillos fueron hijos del egoísmo de Buenos Aires”. La paradoja histórica consiste precisamente en que “el egoísmo de Buenos Aires” fue llevado a su extremo por el caudillo todopoderoso que fingía halagar las pasiones más deplorables de las masas analfabetas y no por los *doctores* de la insurrección revolucionaria, de pies muy firmemente posados en la tierra aunque tuvieran la cabeza rodeada de nubes. Pero el caudillo por antonomasia, soberbio y extenso *apacentador de vacas*, ¿no estaba allí para apagar los últimos resplandores de la ciudad libre que había lanzado sobre América el verbo de la revolución? ¿No era acaso el destino inexorable de la civilización urbana convertirse en el punto de arranque de la revolución democrática? ¿No eran las ciudades las que en plena edad media atrevíanse a erguir las primeras resistencias contra la dispersión feudal y a testimoniar las primeras condiciones materiales de la unidad na-

cional? ¿No había sido ese el papel de las ciudades francesas, y sobre todo de París, durante la gran revolución, y no se había incubado en las campañas inhóspitas de la Vandea el alud contrarrevolucionario? ¿No había señalado Engels que una de las causas primordiales de la desunión de los reinos germanos residía en la falta de una ciudad preponderante que obrase como centro nivelador de la cultura?

Este *paralelismo histórico*, tesis de interpretación sociológica tan grata a Echeverría, subyace también en *Facundo*, que así descubre —con grandes dosis de exageración polémica, desde luego— buena parte de aquellas razones. La sociología se trasmuta entonces en política militante, porque a Sarmiento le sangra la llaga de la unidad nacional. Comprende que no será posible obtenerla sino a condición de destruir el desierto. De esa necesidad proviene el *autoritarismo* que le rastrea Gálvez. Dicho autoritarismo no es otra cosa que la intención de crear una república donde sólo había provincias.

* * *

Volvamos al repertorio sociológico. El *Facundo* no podría ser entendido cabalmente en su significado estricto si se lo desvinculara de *Conflictos y armonía de las razas de América*, el libro postrero que lo aclara y lo complementa. El 19 de diciembre de 1882 escribía Sarmiento a la señora Mann: “Para usted, que está tan versada en nuestra historia, le diré que tiene la pretensión este libro de ser el *Facundo* llegado a la vejez...” ¿Qué era, qué pretendía ser tamaña madurez? “En *Facundo* —dice el autor— limitaba mis observaciones a mi propio país; pero la persistencia con que reaparecen los males que creíamos conjurados al adoptar la Constitución Federal, y la generalidad y semejanza de los hechos que ocurren en toda la América española, me hizo sospechar que la raíz del mal estaba a mayor profundidad que lo que accidentes exteriores del suelo dejaban creer.” Las raíces profundas del mal habrá de encontrarlas ahora en la herencia española y en la mestización indígena.

Entre el *Facundo* y el *Conflictos y armonía* han transcurrido cuarenta años, los más agitados y decisivos en la vida del prócer. Ya nada queda del romanticismo sansimoniano de los proscritos. Sarmiento se yergue como el numen de esa generación positivista que desconoce a Comte y se sumerge en el individualismo manchesteriano de Spencer. Lo dice él mismo, en carta a

Tejedor: “Bien rastrea usted las ideas evolucionistas de Spencer, que he proclamado abiertamente en materia social... Con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino” (1). Al tema sociológico del *medio* se agrega ahora el tópico sociológico de la *raza*. El determinismo de *Facundo* se ensancha por la penetración de un nuevo conflicto. Pero si en el *Facundo* aquel determinismo no encerraba una ciega condenación fatalista, el optimismo histórico se acrecienta aún más por ese evolucionismo que le impregna la idea del progreso indefinido, propia de todos los discípulos de Spencer. Resulta importante destacar que para el Sarmiento de *Conflictos y armonía* no existen diferencias específicas y eternas entre las razas, sino grados diferentes de desarrollo histórico. Lo cual significa que en el instante en que comienza a florecer la metafísica racista de Gobineau, el sanjuanino se acerca, por muchos conceptos, a una moderna visión del problema, tal como tiende a encararlo la sociología contemporánea.

América, por lo tanto, habrá de salvarse siempre que se *nivele*, esto es, siempre que adquiera la *civilización*. “Se trata —dijo Sarmiento en alguna oportunidad— de ser gaucho o de no serlo, de usar poncho o levita, de andar en carreta o en ferrocarril, de caminar descalzo o usar botines, de ir a la pulpería o a la escuela. Hay que decidirse; no podemos seguir adulando a los que están fuera de la civilización, si con este nombre llamamos a la única que nos conviene, a la que hemos aprendido de Europa, como la aprendieron los Estados Unidos.” Pero este aprendizaje más rápido de los Estados Unidos habrá de decirnos Sarmiento que tiene una explicación por el hecho de que en el norte la raza blanca había predominado en la revolución, mientras en el sur dicho predominio correspondió al mestizaje hispano-indígena, inapto para el ejercicio de la democracia. Este mestizaje es un signo de inferioridad étnica que se agrega a la herencia de esa España retardataria, situada al margen de la revolución industrial, yerta en la espera de que la generación del 98 la sacudiera con estruendoso ímpetu vital. Para ambos males profundos Sarmiento reitera en *Conflictos y armonía* los remedios ya atisbados en el *Facundo*: instrucción popular e inmigración europea. En *Facundo* había escrito: “El elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy es la inmigración europea.” Y cuatro décadas después se reitera el mismo

(1) Sarmiento: *Obras*, t. 37, pág. 322.

pensamiento obsesionante en *Conflictos y armonía*: “¿Qué le queda a esta América para seguir los destinos libres y prósperos de la otra? Nivelarse; y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media.”

¿La nivelación? Sí, porque el país empezaba a ser “transformado por el sudor y el esperma del gringo” (1). *Martín Fierro* habla de ese retraimiento del gaucho arrastrado a la frontera, separada cada vez más de las yerras *de mi flor*; pero también resuena entre sus estrofas, alargándose sobre la pampa infinita, el canto saltarín del acordeón gringo, sujeto en la mancera del arado. *Facundo* es el anatema del pastoreo chúcaro; cuando llega a la vejez de *Conflictos y armonías* ya han salido, con rumbo al viejo mundo, las primeras cargas de granos argentinos. La Europa-agricultura empieza a *desponchar* las campañas y a poblar las ciudades. Parece señalarse ese cambio profundo en cuya virtualidad radica la civilización para este liberal eminente que se supone desertando de su clase, cuando en realidad es su clase la que se desentiende de sus afanes de epopeya. “Civilización —dice entonces Sarmiento— es afirmar el imperio de la ley y de la autoridad constituída, educar las masas por la escuela primaria, abrir los puertos y los ríos al comercio universal, construir caminos y vías férreas, fomentar el arraigo de nuevos colonos, remover todos los obstáculos morales y materiales a la libre expansión de las fuerzas económicas.”

El credo sociológico de *Facundo* se traduce definitivamente en estas fórmulas de política concreta que configuran el programa de la revolución burguesa argentina. La inmigración se constituye por lo tanto en la condición necesaria para la creación de una clase de agricultores propietarios, mediante la aprobación de leyes que “estorben que un individuo se apodere del territorio que basta en Europa para sostener un reino” y arrebate así a las generaciones futuras “el derecho a tener un hogar y un pedazo de suelo que llamar su patrimonio”. Y la propia educación popular, ¿acaso la concibe solamente como el hecho mecánico de abrir escuelas, según suele pensar tánto comentarista miope? El logro de la cultura para las masas radica, según Sarmiento, “en la facilidad de obtener medios de subsistencia”. Y agregó en seguida este otro comentario cuya actualidad no necesito advertir: “El buen salario, la comida abundante, el buen vestir y la liber-

(1) Korn: *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, ed. Claridad, pág. 175.

tad ilimitada educan a un adulto más que la escuela al niño” (1). En esto andamos todavía. Y difícil será remover los obstáculos morales y materiales que se oponen “a la libre expansión de las fuerzas económicas” mientras nuestros países sigan siendo vastas heredades deshabitadas, incapaces por lo mismo de fraguarse las condiciones internas de su propia manumisión económica.

* * *

Yo sé que no es difícil establecer a la distancia la crítica de los principios sociológicos de *Facundo*. Pero a esos principios hay que situarlos en el panorama filosófico de hace un siglo. Entonces se comprende la grandeza de este pensador desorbitado y tremendo. Su *Facundo* intenta una explicación científicamente determinada del proceso histórico; su *Conflicto y armonía* entiende elevarse a las zonas más perdurables de la filosofía social. Otros sabios europeos de renombre anduvieron después por los mismos caminos que el sanjuanino desbrozó a grandes manotazos. Y la posteridad argentina de Sarmiento es también extensa y elocuente: desde Agustín Alvarez, el santo laico, hasta José Ingenieros, el ciudadano de la juventud. Es que las suyas son las premisas del liberalismo integral, de un liberalismo que todavía tiene cierta validez suprarretórica en nuestra América, aunque a veces puedan parecernos exhaustas sus consignas. Sus discípulos no hacen más que llevar hasta las últimas consecuencias las virtudes y los defectos del análisis sociológico aplicado a la realidad americana.

Esta sociología de *Facundo* conserva, pues, una identidad consigo misma que descuella en *Conflictos y armonía*, pero que despunta también en *Argirópolis*. Pero esa identidad del principio sociológico se identifica también con la conducta, y ello es lo primordial. El examen de esa identidad excede el tema, pero valdrá la pena intentarlo. Al fin de cuentas ese trabajador infatigable estaba exento de la “joroba frenológica de la veneración”, y entonces podía decir, como un consejo vital entregado a los jóvenes que lo reverenciaban en su ancianidad venerable: “Hagan como yo, caramba, que siempre he vivido sin pedir permiso al jefe de policía.” Y en esta despedida hirsuta, más firmemente que en parte otra alguna, se resume la sociología política de Sarmiento.

(1) Sarmiento: *Obras*, t. 36, pág. 76 (*Condición del extranjero en América*).